

SOBRE RELIGIOSIDAD POPULAR Y ANTROPOLOGÍA -UNA NOTA-

CÉSAR GARCÍA ÁLVAREZ

“*Joya escondida de la piedad religiosa*”, ha sido llamada la piedad popular; otros en forma culta, hablan de: “*Expresión religiosa de la multicultural latinoamericana*”; el gran Adenauer dijo al respecto: “*Los santuarios son las secretas capitales de las naciones*” y el Papa Francisco: “*La piedad popular es allí donde la vida teologal se manifiesta*”.

La vida de los santuarios mueve a millones de personas en el mundo; Lourdes y Fátima son los santuarios más visibles, pero el espacio de la cristiandad está sembrado de grandes y pequeños iglesias y capillas donde la creencia se expresa y fortalece.

La hechura del hombre está hecha para estas expresiones religiosas, pues pertenecen ellas a la antropología del ser humano.

1. PIEDAD POPULAR E IDENTIDAD

El santuario, un espacio donde se manifiesta la piedad popular, es en primer lugar espacio acotado de identificación del grupo humano que a él concurre. Reconocen en él su centro. En el pasado de España, de límites imprecisos entre provincias, estos lugares venerandos marcaban la pertenencia de las gentes, se decía: somos *De la Virgen de Valvanera*, *De Monserrat*, *De la Región de Covadonga*, *De la Virgen del Camino de León*; en Latinoamérica, somos *De la Virgen del Valle* (Venezuela), *De San Sebastián de Yumbel* (Chile), *De la Virgen del Chapi*, lugar geográficamente indefinido entre Arequipa y Monquegua, en Perú.

La raíz telúrica y toponímica de la fe popular es tal, que los municipios mismos se han identificado con tal devoción y, cualesquiera sean las ideo-

logías de sus administradores, éstas caen al suelo en una unidad de fe con el santo, santa o Virgen María. Me habían dicho que ochenta mil personas todos los jueves, aunque en forma sucesiva, era la suma total de visitantes y orantes a la Virgen de Pompeya en el Monasterio de los Dominicos de Santiago de Chile. Llegué a confirmarlo. Mientras oraba, un señor que me vio sin la hoja de la oración a la Virgen, me la pasó señalando: “*Yo soy masón, pero vengo aquí todos los jueves porque esta Virgen me concede todo lo que le pido*”; después me enteré que Gladys Marín, la comunista más combatiente de Chile, siempre que viajaba a Valparaíso pasaba al Santuario de la Virgen de lo Vázquez a orar.

La identidad comunitaria tiene tanto peso como la identidad personal. El ser humano no quiere ser solo identificado como individuo también como comunidad, acaso por ello tanta importancia tiene el nombre en el bautismo como en el registro civil. La toponimia presta orgullo comunitario, por ello una de las onomásticas más ricas en la lingüística sea la de los lugares: *del Valle, del Río, de la Fuente, del Campo, Torres, Álamo, Olmos, Viñas, Castro, de la Puente* etc.etc. Ser y espacio son conceptos antropológicamente anudados desde el momento en que el ser humano ha sido concebido como ser espaciado.

En Latinoamérica, continente tan creyente como pobre, en la Conferencia del Episcopado Latinoamericano (1977) se habló de la religiosidad popular como “*liberación*”. Todos sabemos cómo se exageró la palabra en la *Teología de la Liberación*: algunos entendieron la palabra como un hecho cultural y sociológico-político, y no teológico. Las siguientes conferencias de Santo Domingo y Puebla (febrero de 1979), precisaron el término al señalar: “*realidad histórica*”. Es cierto que Puebla generó en principio determinado desconcierto: un grupo de obispos y teólogos afirmó que en tales manifestaciones religiosas populares había más de “*sinccretismo alienante y magia*” que de verdadera religiosidad; otros, por el contrario, prefirieron poner el acento en ser “*una manifestación profunda de creencia*” el Papa Juan Pablo II zanjó así la situación: “*La religiosidad popular mariana es principio de identidad no solamente religiosa, sino cultural*”.

2. SANTUARIO E HIEROFANÍA

El santuario no es una iglesia, una capilla o un lugar común de oración; es todo esto, pero, además un lugar *hierofánico*, allí donde lo sagrado quiso manifestarse: “*Descálzate, porque la tierra que estás pisando santa es*” (Ex.3:5). Ningún peregrino deja de sentir estas palabras cuando se acerca, llega y

entra al santuario. Generalmente llora, lenguaje no verbal con el que confiesa: “*Dios está aquí*”. En el caminar, a veces desde lejanías, el peregrino sabe que al llegar deja atrás un espacio “*otro*”, un espacio profano. El santuario es un lugar sagrado: por eso entra de rodillas o con una vela en la mano o buscando confesión, muestras todas de estar en un lugar *numinoso*. La catequesis del sacerdote aclarará después la fe: el caminar es ya una religiosidad: nuestro camino al Santuario de lo Eterno, y la *manifestación de María o un santo* en ese lugar, una réplica de la *Manifestación* de Dios en Belén. Pocas cosas más deberá aclarar la catequesis en ese día, pues la *hierofanía* se vive, se siente, se canta, se celebra, no se razona. Quien llegue a la Fiesta de la Tirana o San Pedro de Atacama en Chile con la razón doctrinal, no habrá entendido casi nada: se encontrará con bailes, coloridos de ropajes intensos, máscaras, extraños ritos, músicas andinas, costumbres ancestrales; hay que percibir que en el centro de esta religiosidad popular, aunque velada, está el santo o santa que mueve todo aquello: sabe que la imagen venerada “*es de ellos, está con ellos, vive anualmente con ellos; el santo o santa los eligió y ellos la eligieron*”. Así se vive la *hierofanía* y así hay que entenderla

De vuelta a casa, ese peregrino aprendió una gran lección: que Dios está en todas partes y en cualquier parte puede manifestarse. Los *profanos* ante la fiesta popular siempre quedarán con una pregunta en sus labios.

3. EL CUERPO HUMANO, PARTICIPANTE EN LA PIEDAD POPULAR: “GLORIFICAMOS A DIOS EN NUESTROS CUERPOS” (1 COR.6:20).

a) *La lengua*. La lengua no se detiene un minuto en el rito popular: canta, alaba, exalta, reza, dice. Todo peregrino regresa a su hogar con la voz cansada; vuelve a casa afónico por Dios, y es que en las manifestaciones de religiosidad popular nada se mide, hay una entrega espontánea que de mil modos se confiesa.

b) *Los labios*. El máximo afecto es el beso. El sacerdote besa el amito antes de colocárselo, la estola, el ara del altar, el sagrado Evangelio y la patena. El peregrino expresa esta religiosidad estampando sus labios en el manto, pie o mano de su santo o santa. Sin afecto no hay devoción, y la devoción se expresa.

b) *Los ojos*. Se dice del peregrino: “*Tanto mira a su santo, cuanto llora*”. Es así. Es muy difícil ver a alguien entrar en el santuario sin los ojos húmedos; y aquéllos que entraron y se reprimieron, ya no lo harán al ver la imagen sagrada, al tocar su manto o al besar su pie. ¡Cómo miran los ojos a la

Virgen que procesionalmente pasa por la calle, cómo la siguen, cómo se despiden de ella! Es un hecho digno de observar: todo el santuario lleno de ojos y los ojos de todos hacia la imagen.

c) *Las manos*. Sin tocar la imagen, su manto o su pie, algo queda sin cumplir. Las manos es el máximo acercamiento hacia el objeto sagrado. Es la expresión del abrazo, de la caricia. La piedad popular es tan sensible, tan íntima y cercana, que el capellán siempre debe dejar espacio y tiempo para que esta manifestación de afecto se exprese. Que otros con un texto de dogmática lo califiquen de idolatría, no importa, es piedad popular que confiesa: Lo sagrado irrumpió aquí, nos eligió a nosotros y se lo agradecemos como sabemos agradecer.

d) *Las rodillas*. Si los pies han peregrinado largo trecho y ya se sienten cansados, las rodillas aún tienen fuerza para postrarse en el santuario: “*Ante el nombre de Jesús toda rodilla se doble, en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua proclame que Cristo Jesús es el Señor, para gloria de Dios Padre*” (Filipenses 2: 10-11). Cuántos, en la explanada que suele rodear el santuario, se postran y avanzan despacio hasta entrar en el santuario. Entrar de rodillas testimonia que el lugar es santo. No importa que las rodillas duelan o sangren, Alguien antes que él cayó al suelo tres veces y sus rodillas se ensangrentaron.

e) *Los hombros*. Cargados con pesadas mochilas o con un hijo pequeño cuya salud se pide o un enfermo tullido al que hay que presentar al santo. Todo esto se ve, se repite anualmente y se admira.

f) *Los oídos*. Bullicio para Dios, rezos para Dios, cantos ininterrumpidos para Dios, bandas musicales para Dios, gritos de alabanza para Dios. Los oídos se llenan de alabanzas a través de la devoción a Dios, reproducen el Salmo 47: “*Aplaudan, pueblos todos; aclamen a Dios con gritos de alegría. ¡Cuán imponente es el Señor Altísimo, el gran rey de toda la tierra!*”.

La teología del cuerpo en ningún otro momento se expresa con más naturalidad que en la piedad popular. Cuerpo y alma antes del Pecado Original se manifestaban concordes ante Dios; consumado el pecado, el cuerpo y el alma sufrieron un distanciamiento en la adoración al Creador: el rito corporal es una forma de reincorporación a la unidad del cuerpo con el alma en una sola adoración. Juan Pablo II habló de esta teología del cuerpo (*Audiencia* 1984), señaló que cuerpo y alma forman una unidad en la alabanza a Dios, y en forma propia en la liturgia sacramental: “*El lenguaje del cuerpo se transforma en el lenguaje de la liturgia*”, señaló. La gestualización de la piedad popular es, así pues, un “*sacramental*”.

4. QUÉ ORA Y CÓMO ORA EL PEREGRINO

El peregrino va al santuario a orar, pero ¿qué pide y cómo pide? No se aleja de lo que Santo Tomás recomienda para una recta oración:

- *Agradece* (Lc.18). Lo que Santo Tomás llama *humildad*; creer que alguien superior a uno concede lo que el ser humano no puede alcanzar por sí mismo. El peregrino agradece los dones concedidos, sabe que es un don que no se compra con una “*manda*” pecuniaria.
- *Suplica* (Mt.7:11), que dentro de las condiciones que pone Santo Tomás para la oración correcta equivale a la *rectitud*: pedir lo correcto, no absurdos. El peregrino pide paz, salud, vuelta del hijo extraviado, amor. El peregrino pide siempre lo que sabe que en la mano del santo, santa o Virgen está. Hay también una petición que es a la vez de *entrega*: *la liberación*. En el inconsciente del peregrino latinoamericano –desde el que escribo– existe un ansia de *liberación “de todo mal”*, y dentro de los males está: la pobreza, la enfermedad, la ignorancia, la opresión. No lo expresa manifiestamente, pero simbólicamente dice: “*Una fatalidad cayó sobre nosotros; tan grande es, que solo Dios, María o sus santos nos podrán liberar de ella*”.
- *Cree* (Mc. 11:24). El peregrino no estaría ahí en el santuario sino tuviese fe; fe supone además un *orden*, dice Santo Tomás: primero fe en Dios, después confianza en los mediadores. El peregrino suele invertir el orden: desde el mediador levanta los ojos al cielo. No se queda solo con la “imagen”, esto sería idolatría, sabe que en lo más alto está Dios; aunque con frecuencia en su devoción desdibuje esta idea de Dios, pero siempre está.
- *Entrega* (Mt.6-7). Santo Tomás habla de “*oración devota*”: pocas cualidades más destacadas en la oración del peregrino que ésta; en realidad en la piedad popular la devoción puede existir hasta el peligro de la enajenación, de los desmayos, situaciones visionarias o descontroles. Es su peligro, pero la mayoría ora con *oración devota* y consciente
- *Confianza* (1 Juan 3:22). Santo Tomás usa la misma palabra para una recta oración. El peregrino es siempre peregrino, no desmaya jamás, aunque este año el santo, santa o María no le hayan concedido el favor pedido. Volver es su confianza más firme.

Ante esto debemos concluir con las palabras del Papa Francisco: “*La piedad popular es allí donde la vida teologal se manifiesta*”.

5. DEL SER RELIGIOSO AL SER CREYENTE

San Anselmo define la Teología como “*fides quaerens intellectum*”; la piedad popular es un acto de fe que, vistiéndose de formas populares ha de transitar a la razón catequética. Fe sin catequesis, deja al peregrino desamparado. Gran responsabilidad del pastor es no dejar a sus ovejas sin este alimento selecto, que es más sabroso que el de la visualidad, audibilidad y tactibilidad corporal. *El ser-religioso*, tentación de la piedad popular, tiene que llegar a *ser-creyente*. El *ser-religioso* asume potenteramente la radicalidad existencial de la cultura y lo social, pero no es suficiente, ha de ser también, como señalamos, *ser-creyente* o de fe ilustrada, aunque en la práctica sea muy difícil separar ambas dimensiones, la cultural y la teologal; se dice, así pues: “*la fe ha de bautizar la cultura*” y también lo otro “*hay que inculturar la fe*”. Fe y cultura han de entenderse en la actitud salvífica de Dios que no es ni abstracta ni mítica, sino histórico-trascendente. Mucho mal ha hecho a la historia de la religiosidad la oposición esencialismo y existencialismo: *Dios es y Dios se encarna*, dos realidades de nuestra fe que no se oponen y hay que ver en el trasfondo de la religiosidad popular. Ni solo un concepto ni solo el otro, preceptúa el Levítico: “*Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo*” (Lev. 26, 12). Lejos de querer ver en esta conjunción de cultura y fe popular, un nacimiento de Dios en la cultura, como quieren algunos. No hay teología naturalista, la teología es revelada y se viste de cultura, eso significa: “*inculturar la fe*”.

6. LA FIESTA ANUAL Y EL SENTIDO DEL RETORNO

Toda religiosidad popular es circular. Cada año se repite o conmemora la irrupción de lo sagrado en ese lugar. Siempre se podrá llegar allí a orar, en cualquier época del año, pero *su día* es día de especial gracia, pues se repite el primer día en que se produjo la primera *hierofanía*; algo *numinoso* ocurrió y ocurre ahí, a veces hasta se espera la hora precisa de la antigua *irrupción*. En ese lugar, en ese día o en ese instante, el peregrino vive el momento en que el cielo y la tierra se tocaron. La fiesta religiosa popular, aunque se celebre en el lugar más apartado del mundo, se adhiere a un orden sagrado cósmico que un día allí descendió. La vida común, rutinaria tantas veces, con este orden ya tiene sentido. Por eso el peregrino lleva, hace perdurar el santuario y su santo de mil modos y maneras en su vida diaria: lleva la imagen a su casa, guarda la estampa, muestra en el pecho su medalla, exhibe el escapulario, reza todos los días la oración que se sabe de memoria. El santuario y su imagen no quedó lejos, le acompaña siempre.

El tiempo para el verdadero devoto peregrino se rige por el día de la fiesta popular; para acortar los tiempos *de aquel día* prepara durante todo el año los vestidos de los bailes, los cantos, las máscaras, los pasos del desfile y luego, ya cerca la fiesta, la novena al santo, santa o María. La vida diaria del que vive la piedad popular es ajena a las noticias de la televisión, tiempo degradado, no significativo que apenas roza su vida. Algunos filósofos han querido copiar esta sabiduría popular de solidez y permanencias para su teoría de la historia, pues tampoco les ha contentado el tiempo degradado o desgranado; así, han ideado una metahistoria como Hegel o descubierto un arquetipo subconsciente colectivo, (K. Jung) o la aspiración al superhombre (Nietzsche) o la lucha de clases (Marx), algo que salve al ser humano del tiempo depreciado. La piedad popular antes que ellos y mejor que ellos, por vía de intuición y gracia de Dios salvó el tiempo para la eternidad a través del “*sacramental*” religiosidad popular.

7. TRES ETAPAS DE LA RELIGIOSIDAD POPULAR PARA SER ADULTA

La piedad popular, por ser piedad viva, se recrea y difunde: de boca en boca los peregrinos han llegado de lejanías al santuario y ellos son voz que amplía la piedad. Recrearse significa dos cosas más: ilustrarse y viajar. Modelo fue la devoción mariana en la España medieval: primero la *mariofanía*, miles de santuarios poblaron con apariciones las provincias de España: de Covadonga, de Aranzazu, del Pilar, del Camino, del Rocío, de la Almudena etc.etc; segundo, la *mariología*, en el siglo XVI las universidades fundamentaron teológicamente aquella piedad medieval; tercero, la *marioforía* o traslado de esta piedad en las naves de Colón hacia América. Es la etapa de la fecundación. El *Diario de Colón* lo testimonia así: en las tardes de la travesía se juntaban las tres naves y rezaban el rosario y cantaban la salve. Tres instancias que ha de recorrer la piedad popular para consolidarse como piedad adulta e ilustrada.

CÉSAR GARCÍA ÁLVAREZ

